

Lalcah, un pueblo olvidado en la selva de Quintana Roo

2 |

El angosto camino serpentea a través de la densa selva, sólo parece ampliarse en los esporádicos claros, abiertos a fuerza de hacha y machete, para albergar milpas de tierra roja; el camino ora sube, ora desciende por las pedregosas laderas de los lomeríos bajos. Imperceptiblemente el paisaje fue cambiando, del sofocante paraje de arbustos espinosos y matorrales bajos al iniciar la marcha, junto a la carretera, se fue tornando en bosque de denso follaje poblado por ceibas sagradas, álamos sexagenarios, cedros, ramones, zapotes y otras especies tan altas como frondosas.

Cinco kilómetros de caminata y ya el calor y la humedad van haciendo mella en la gente, pero, inopinadamente, sobre la ladera de una loma destacan los burdos perfiles de antiguos artificios de piedra formando una suerte de barricadas o parapetos, vetustos testigos de una época lejana de inseguridad y temor y que ahora advierten de la proximidad de nuestro destino. Unos pasos adelante el estrecho camino se abre en amplia calle, flanqueada por albarradas de piedra patinada que hacia ambos lados se prolongan para delimitar desolados predios y solares. De la calle principal se desprenden otras más angostas, siempre enmarcadas por las bardas de lajas apiladas. Un enorme tronco nos obliga a dejar la calle para aventurar por una brecha alterna y penetrar a través de los solares. Entre el follaje se asoman numerosas plataformas bajas, muros, cimientos de casas, pozos y pilas de agua. Armando Poot, nuestro guía maya, nos dice con cierto orgullo y reverencia que ya llegamos, que ya estamos en “Lalcah”, el pueblo fantasma de la selva, en el corazón de la zona maya de Quintana Roo.

El sitio se localiza a 5 km al sureste de la actual población de Tihosuco, municipio de Felipe Carrillo Puerto en la porción central de Quintana Roo y cubre una superficie de casi 1 km²; la traza es en retícula, cuyo centro está ocupado por una espaciosa plaza.

* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH.

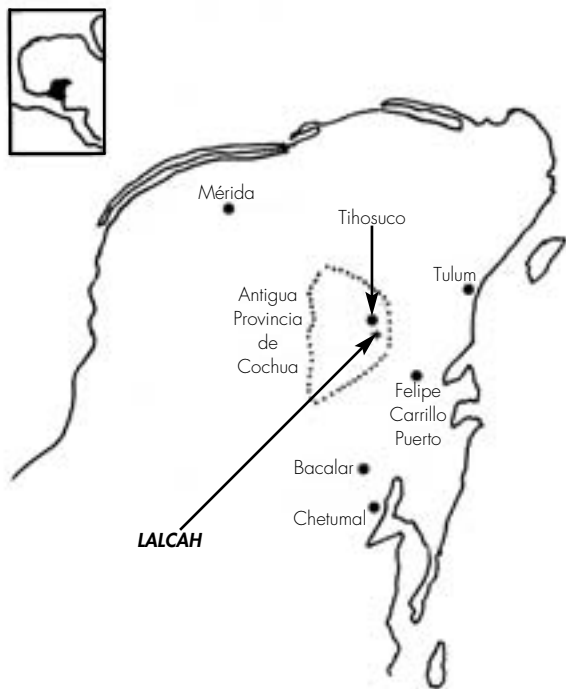


Figura 1. Plano de localización de Lalcah.

Durante la época anterior a la Conquista, esta zona estuvo densamente poblada y fue escenario del desarrollo de importantes asentamientos que alcanzaron un alto nivel cultural. Por ejemplo, Okop (cuyo nombre correcto es Yok'ob), fue durante los siglos IV al IX d.C. un notable centro político, equiparable a cualquiera de las grandes ciudades del clásico peninsular. De igual forma, numerosos asentamientos florecieron durante el posclásico y aún sobrevivieron durante el periodo virreinal, cuando la región experimentó un nuevo auge basado en el cultivo de algodón, la caña de azúcar y el comercio.

El advenimiento de la revolución de Independencia, con los consiguientes trastornos de índole social, política y económica, provocó un grave estancamiento, pues la lucha continua por el poder entre liberales y conservadores sumió a la península de Yucatán en un permanente estado de guerra e inestabilidad.

Las contradicciones y desequilibrios forjados a lo largo del siglo XIX, fueron también causa de una nueva guerra, mucho más cruel, prolongada y sangrienta: la “Guerra de Castas”, que por más de medio siglo proyectó su dramática sombra de muerte y desolación sobre Yucatán y que forzó a un repliegue de la población, desde el centro de Quintana Roo y sureste de Yucatán, hacia asentamientos más seguros del interior. Pueblos enteros, haciendas y ranchos fueron abandonados y prácticamente devorados por la selva, como siglos antes sucediera con las antiguas ciudades mayas del Clásico; no fue sino hasta las primeras décadas del siglo XX cuando llegó la paz y la otrora zona de guerra comenzó a repoblarse, pero sin alcanzar de nuevo siquiera un pálido reflejo del auge anterior, de modo que todavía en la actualidad es una región pobre y olvidada, que no ha podido participar ni del gradual proceso de desarrollo del norte de Yucatán ni del sorprendente y acelerado auge de la costa oriental, hoy conocida con el rimbombante nombre de “Riviera maya”.

En cuanto a investigación, la zona también ha recibido muy poca atención: numerosos sitios arqueológicos son objeto del saqueo y del deterioro y también hay numerosos vestigios del periodo colonial y de los tiempos de la Guerra de Castas perdidos por la selva. El descuido es muy grave si se acepta que la región posibilitaría el desarrollo de proyectos de investigación interdisciplinarios pues el campo de estudio es muy amplio, tanto para la etapa prehispánica como para la colonial, el siglo XIX y la época contemporánea, pues en esta abandonada región el recuerdo y la memoria histórica de la guerra y de la cruz parlante siguen presentes a través de tradiciones, leyendas y de un peculiar sincretismo religioso en donde los ritos paganos y cristianos se mezclan en una abigarrada amalgama de creencias.



Figura 2. Una calle de Lalcah.

4 |



Figura 3. Restos de una vivienda.



Figura 4. Casa mayor o de gobierno.

Lalcah es un muy buen ejemplo de ese potencial de la región, pues es un espléndido pueblo que conserva la traza colonial original, sin superposiciones o adosamientos posteriores, porque aquí la historia terminó de tajo en el siglo XIX.

Al continuar el recorrido avanzamos a través de las calles abandonadas, examinamos los restos de las antiguas viviendas mayas, topamos con una casa grande de sobria arquitectura colonial: la fachada de gris aspecto por la pátina de los años, lucía dos vanos de acceso, rematados por cornisas sencillas y un diseño en forma de estrella por decoración. El cuarto es amplio y destaca la presencia de hamaqueros de madera todavía empotrados en los muros; quizá se trate de la casa del encomendero o tal vez una suerte de alcaldía

o casa de gobierno. Cerca de la construcción se yergue una enorme cruz de madera agrietada que contrasta con el verdor de la hierba que la envuelve. Más adelante se abre el abismo de un enorme cenote de casi 30 m de diámetro y 15 m de tiro, cuyas oscuras aguas se desvanecen en la amplitud de una caverna. Una albarrada delimita uno de sus costados, como para separarlo de una pequeña explanada en la que destaca un pozo con pretil de piedra, cuyo tiro fue excavado a punta de barreta y pala. Junto a éste hay pilas de piedra para agua y grandes lajas calcáreas talladas para servir de lavadero.

El tiempo parece haberse detenido en este insólito lugar; todo está intacto, inmutable; provoca la sensación de que la gente, los antiguos vecinos pudieran llegar en cualquier momento



6 |

Figura 5. Interior de la casa mayor o de gobierno.



Figura 6. Detalle de un hamaquero.



Figura 7. Cruz de Lalcah.



Figura 8. Cenote de Lalcah.

para realizar las tareas cotidianas; casi parece escucharse el sonido de la talla de ropa, el agua corriendo y las animadas voces femeninas charlando afablemente para aligerar la labor.

No muy lejos del cenote topamos con el brocal rectangular de una gran noria; aún se ven algunas vigas transversales sobre la boca, pero la rueda, el mecanismo para extraer agua, ha desa-



Figura 9. Pila para agua y piedra para lavar.

parecido; seguramente los restos de madera han de encontrarse bajo las aguas del cenote, pues el brocal fue excavado precisamente sobre la bóveda de la caverna.

Conforme discurrimos por el antiguo pueblo, cada vez hay más elementos que se asoman entre el verdor de la vegetación; algunos más destruidos, otros en mejor estado de conservación. De pronto topamos con un vasto muro de mampostería; algunos tramos se han colapsado y otros están amarrados por sólidas raíces de álamos o cubiertos por exuberantes enredaderas: se trata de un muro atrial que anuncia la proximidad de la iglesia, y en efecto, tan pronto traspasamos el umbral del acceso, se aprecian las ciclópeas paredes de un severo edificio del que cuelgan lianas, raíces y enredaderas.

La iglesia de Lalcah es una gran construcción de planta rectangular, con una longitud total de



Figura 10. Fachada lateral de la iglesia.



Figura 11. Nave de la iglesia de Lalcah.

40 m y una anchura de 14.20 m. Tiene cinco accesos: el principal (que mira hacia el oeste), dos en la fachada norte y dos en la sur (en el centro de la fachada y junto al presbiterio). La fachada principal es muy sobria; se trata de un gran muro que remata en forma triangular, con una altura de 11 m, pero totalmente liso, sin decoración alguna, monotonía sólo rota por los claros que dejan la puerta de acceso, dos ventanas laterales y dos vanos del coro.

La nave de la iglesia tiene una longitud de 33 m y evidentemente estuvo cubierta con techo de materiales perecederos, madera y palma ya desaparecidos; de igual manera, el suelo está cubierto con hierba y tierra, pero es posible que una excavación dejaría expuesto un piso de lajas.

En el muro occidental, al lado norte del acceso principal, destaca una escalinata de mampostería, con planta en forma de “L”, que permitía el ascenso a un tapanco ya desaparecido y que hacía las veces de coro. La escalinata se levanta sobre un arco de medio punto, interesante solución para dejar libre el claro de la ventana. Del coro de madera no queda nada, pero en la pared aún se aprecian los mechinales en los que se anclaban las vigas que sostenían el entarimado. El único elemento destacable de esta sección es un nicho en el que debió existir alguna imagen.

Pero el elemento más interesante de esta iglesia es el presbiterio, construcción típica yucateca del siglo XVI que se proyecta como exten-



Figura 12. Vista general del coro.

sión de la nave hacia el este. Tiene planta rectangular, de 7 m de longitud, 7 de ancho y 9 de altura; a diferencia de la nave, está techado con bóveda de mampostería apoyada sobre rollizos. Sobre el pretil superior, en la fachada norte, se levanta una espadaña con dos campaniles de los que se conservan las vigas de las campanas. Al parecer el presbiterio funcionó como capilla con ramada durante el siglo XVI, y posteriormente se construyó la nave, quizá en el siglo XVII o en el XVIII.

Un gran arco toral marca la división entre el presbiterio y la nave, además de que el piso es de mampostería y está en un nivel más alto respecto al de aquélla. Recargado contra el muro oriental se yergue un altar rectangular sobre el

que se encuentran numerosos cuencos de calabazo, utilizados para dejar ofrendas. Flanqueando el arco del presbiterio hay sendos nichos remetidos en el muro, en donde parece que hubo retablos y altares.

El presbiterio de Lalcah es notable por la presencia de un magnífico retablo mural que cubre prácticamente todo el muro oriental. El diseño consiste en la estructura de un retablo de dos cuerpos, con seis columnas clásicas de orden dórico en cada uno y rematado por pináculos. Los colores utilizados son rojo para el delineado y blanco para los elementos arquitectónicos, los que se recortan sobre un fondo pintado con el famoso color azul maya. Llama la atención el sombreado de las columnas que produce un efecto tridimensional.



Figura 13. Escalinata del coro.



Figura 14. Muro lateral del presbiterio con la espadaña.



Figura 15. Detalle de la espadaña.

Entre los intercolumnios se pintaron nichos con peanas, salvo en el espacio central del primer cuerpo, donde se abre un verdadero nicho que debió alojar la imagen principal del templo y que hoy alberga una vetusta cruz de madera. En cada nicho hay una pintura que representa un arcángel, destacando el central del segundo cuerpo, que fácilmente puede reconocerse como San Miguel. Es difícil identificar las cuatro figuras restantes, pues carecen de elementos iconográficos particulares. De cualquier modo, se trata de pinturas muy ingenuas en la ejecución; recuerdan las imágenes de estampas que portaban los frailes en el siglo XVI y que proporcionaban a los indígenas para que las copiaran. Los tonos utilizados son ocre para el fondo; rojo o gris para el delineado del faldellín y las piernas; azul o gris para brazos, cabeza, alas, plumas y botines; y amarillo para el cabello. Arriba del retablo hay otro diseño logrado en rojo y amarillo,



Figura 16. El gran arco toral del presbiterio.



Figura 17. Uno de los altares laterales.

aunque muy deteriorado, que parece una representación del Espíritu Santo.

Este retablo quizá sea el ejemplo mejor preservado de este género de arte sacro en Yucatán y por ende se constituye como un patrimonio invaluable que debería ser rescatado y protegido.

El acceso sur del presbiterio comunica con un cuarto cuadrado, ya sin techo, que debió funcionar como sacristía y que tiene un segundo acceso hacia el costado sur de la iglesia. De la fachada posterior (este) de la iglesia parte una amplia escalinata que desciende hasta alcanzar una calle.

Lalcah fue una fundación aparentemente del siglo XVI, que se desarrolló a lo largo del periodo colonial y que se abandonó a causa de la Guerra de Castas hacia 1860. Si bien la mayoría de los pueblos de la zona fueron repoblados entre 1928



Figura 18. El retablo mural de la iglesia de Lalcah.



Figura 19. Detalle del retablo.

14 |



Figura 20. San Miguel Arcángel.

y 1929, este lugar permaneció oculto, en el olvido, protegido sólo por el bosque tropical. Fue un vecino de Tihosuco quien buscando caza descubrió el “pueblo fantasma” y le dio el nombre, pues decía que estaba totalmente cubierto por ortigas.

Al momento del contacto español esta región formaba parte de la provincia de Cochuah, que limitaba al norte con la de Cupul, al oeste con la de Mani y al sur con la de Uaymil. El límite oriental es confuso, pues no hay referencias de poblados entre Tulum y la Bahía de la Ascensión, ni entre ésta y la provincia en cuestión.

Hay suficiente documentación para afirmar que durante el periodo anterior a la Conquista, Cochuah fue una provincia muy importante; incluso se menciona que los señores de Chichen Itzá tenían templos en la Bahía de la Ascensión para ofrendar sacrificios cuando salían o volvían



Figura 21. Detalle de la figura inferior derecha del retablo.



Figura 22. Detalle del arcángel inferior izquierdo del retablo.

de sus largos viajes comerciales en el golfo de Honduras.¹ Roys² sugiere que la familia reinante de Cochuah pudo controlar la región de la Bahía de la Ascensión, en donde tendrían puntos de embarque (quizá Santa Rosa y Tuppak). En los Paxbolón también se menciona que la gente de esta provincia tenía puestos comerciales en el río Ulúa, en Honduras.³

¹ Antonio de Ciudad Real, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*, México, UNAM, 1932, p. 329.

² Ralph L. Roys, *The political geography of the Yucatán maya*, Washington, D.C., Carnegie Institution of Washington, publication 613, 1957.

³ France V. Scholes y Ralph L. Roys, *The maya chontal Indians of Acalán Tixchel*, Washington D. C., Carnegie Institution of Washington, publication 560, 1948, p. 130.

Aparentemente *Cochuah* es vocablo maya que deriva del nombre de la familia reinante y, de acuerdo con Antonio Méndez, encomendero de Tihosuco y Chikindzonot, significa “[...] nuestra comida de pan, que el entendimiento de ellos es que dicen provincia harta que no se ha visto en necesidad”.⁴ Con base en el nombre se podría interpretar que fue una provincia próspera, en donde nunca se padeció hambre.

Para Roys,⁵ la provincia de Cochuah debió formar parte de la Liga de Mayapán y mantuvo

⁴ *Relaciones histórico-geográficas de la gobernación de Yucatán México*, UNAM (Fuentes para el estudio de la cultura maya, 1), 1983, t. II, p. 198.

⁵ Ralph L. Roys, *op. cit.*



Figura 23. Sacristía.

buenas relaciones con las provincias de Sotuta y Cupul, ya que se unió a ellas para resistir la conquista española y de nuevo durante la gran rebelión de 1546.

Es posible que la provincia fuera visitada desde 1511 por un grupo de españoles que desembarcó en la costa oriental, pero hubo otras visitas en 1518 y 1528, cuando Alonso de Ávila marchó, sin resistencia, desde la Bahía de la Ascensión hasta la región de Calotmul y la zona occidental de Cochuah. Después regresó en 1529, aunque esta vez fue rechazado y expulsado de la provincia. Finalmente, en 1542 Calotmul fue dominado y, al año siguiente, Pacheco arrasó la región, de

modo que para 1544-1546 el área estaba controlada por los españoles y se repartió en encomiendas para los vecinos de Valladolid, formando parte de la región conocida como Beneficios Altos.⁶

Algunos de los más importantes asentamientos de la provincia fueron Tiholop, Tinum, Ekpedz, Tepich, Chikindzonot, Tihosuco, Ichmul, Sacalaca, Kanpocolch, Samyol, Tabí, Uaymax, Celul, Sabán, Tela (o Tilá) y Tituc. En cada una de las poblaciones había un *batab* o jefe designa-

⁶ Peter Gerhard, *La frontera suroeste de la Nueva España*, México, UNAM, 1991, pp. 62-63.



Figura 24. Escalinata posterior de la iglesia.

do por el *Halach Uinic* o señor. No se sabe con certeza cuál era la población que funcionó como cabecera, pero en las *Relaciones de Yucatán*, Antonio Méndez, encomendero de Tihosuco y Chikindzonot, menciona que gobernaba "[...] en tiempo de su gentilidad un cacique llamado Nacahum Cochoah, que tenía su asiento y morada en Tishotzuco [...]".⁷ Sin embargo, Blas González, encomendero de Ichmul y Tikuch, afirma que "Este pueblo de Ixmul es cabecera de aquella provincia que se dice Cochua. Acuden a

él, como cabecera de doctrina, de a dos y cuatro y seis leguas los pueblos a él comarcanos".⁸ Es posible que políticamente la provincia estuviera organizada como un *tzucacab*, término que se utiliza antepuesto al nombre de un linaje, "[...] en el sentido de un territorio en donde existe un conjunto de caciques pertenecientes a un linaje y, de ahí, un territorio al que un linaje dominante daba una cohesión política".⁹ Por lo ante-

⁷ *Relaciones histórico-geográficas de la gobernación de Yucatán*, op. cit., p. 198.

⁸ *Ibidem*, p. 298.

⁹ Tsubasa Okoshi, "Ecab: una revisión de la geografía política de una provincia maya yucateca", en *Memorias del I Congreso Internacional de Mayistas*, México, UNAM, 1994, pp. 280-287.

rior, suponemos que en Cochuah hubo más de un centro político importante gobernado por señores del mismo linaje, y de allí la confusión acerca de la cabecera y la aseveración de los encomenderos: ambos estaban en lo cierto.

De cualquier modo, durante la época colonial la región fue el límite oriental del dominio efectivo español en la península de Yucatán, frontera en proceso de expansión, pues más allá de este mundo no había más que selvas inhóspitas, habitadas por indios paganos cimarrones y aún más lejos, hacia el sureste, los ingleses avanzaban explotando las selvas en busca de maderas y del famoso palo de tinte. Por ello, esta provincia estaba en proceso de expansión: era necesario avanzar con poblaciones nuevas, para colonizar, para tomar posesión de la tierra, para reafirmar el dominio de la Corona y detener, en lo posible, la pujante amenaza inglesa desde Belice.

18 | La región fue próspera en la producción de azúcar y algodón, como lo atestiguan los numerosos vestigios de haciendas, estancias y ranchos, así como las grandes casonas e iglesias de mampostería que aún se levantan en los pueblos, muchas de ellas abandonadas o parcialmente destruidas por la guerra.

La riqueza que produjo la agricultura se incrementó con el desarrollo de un comercio próspero, porque esta región fue la única conexión entre la costa oriental y las ciudades y pueblos del interior de la península. De aquí partían caminos hacia la Bahía de la Ascensión y Bacalar, puertos a los que llegaban productos y mercaderías de Centroamérica, y en donde también se embarcaban mercancías propias de la península (como pieles, cera, miel y otros productos agropecuarios).

Respecto a Lalcah como tal no hay ninguna referencia porque, como se ha dicho, el vocablo es nuevo, pero sabemos que la fundación obede-

ce al proyecto de expansión ya descrito. Además, tenemos bases para suponer que el sitio corresponde al antiguo asentamiento de Tela o Tilá, que si bien no aparece en el catálogo de iglesias de 1582, es mencionado en 1656 por Cogolludo y luego en 1690, cuando Alonso Ramírez —después de su naufragio cerca de Bacalar— fue conducido hacia Valladolid e hizo escala en Tilá, destacando el hecho de que era el primer pueblo importante viniendo desde la costa:

Noticiado por Juan González el beneficiado de Tejozucó (de quien ya diré) de nuestros infortunios, nos despachó al camino un muy buen refresco y, fortalecidos con él, llegamos al día siguiente a un pueblo de su feligresía, que dista como una legua de la cabecera y se nombra Tila, donde hallamos gente de parte suya que, con un regalo de chocolate y comida espléndida, nos esperaba.¹⁰

El sitio volvió a ser referido en 1727, cuando un grupo de corsarios provenientes de Belice desembarcó en la Bahía de la Ascensión y se adentró en la región saqueando Chunhuhub, Tilá y Tihosuco.¹¹

En todos los casos el pueblo de Tilá se sitúa a una legua de Tihosuco y precisamente Lalcah se localiza a cinco km, es decir, a una legua de esta importante población.

Es extraño que Tilá no sea mencionado en el catálogo de 1582, pues el presbiterio de la iglesia es una obra típica del siglo XVI, tanto en la técnica constructiva como en la forma. Algunas explicaciones serían que la iglesia haya sido erigida después de ese año, que Tilá se hubiera abandonado al momento del censo de iglesias (al menos

¹⁰ Carlos de Sigüenza y Góngora, "Infortunios de Alonso Ramírez", en *Relaciones Históricas*, México, UNAM, 1940, p. 61.

¹¹ Lorena Careaga Viliesid, *Quintana Roo, textos de su historia*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1990, p. 35.

temporalmente), o bien que tempranamente haya ostentado otro nombre.

De acuerdo con el encomendero de Tihosuco, tanto este pueblo como Chikindzonot fueron reubicados en 1559:

Estos dos pueblos están poblados en asientos nuevos, porque de veinte años a esta parte se acercaron de su voluntad a los asientos adonde ahora están, por estar un monasterio de padres franciscos de un pueblo cinco leguas y del otro cuatro.¹²

Para otros autores, como Gerhard,¹³ es posible que Tihosuco se hubiera reubicado varias veces. Por lo anterior, y dada la cercanía con Tihosuco, es posible que Tilá hubiera sido uno de los asentamientos anteriores a la refundación de aquél, por lo que habría quedado temporalmente abandonado para repoblarse después, ya en el siglo XVII con el nuevo nombre. La descripción de las iglesias de Tihosuco y Chikindzonot del siglo XVI recuerdan mucho las características de Lalcah: “En estos dos pueblos, en cada uno tienen su iglesia, labrada de cal y canto, sus retablos hechos al óleo; tienen su coro y sacristía; tienen en cada pueblo dos campanas [...]”.¹⁴ Volviendo la mirada al presbiterio de la iglesia de Lalcah, observamos que precisamente está hecho de cal y canto, tiene retablo mural y la espadaña alguna vez lució dos campanas. Pero sólo con una investigación más completa se podría comprobar o refutar esta hipótesis.

A principios del siglo XX la mayoría de las tierras yucatecas se dedicaban al cultivo del henequén y pertenecían a contados latifundistas, por lo que los campesinos requerían de parcelas para trabajar el maíz, la calabaza, el frijol y otros

productos de la dieta básica maya. Por ello, a partir de 1928, un grupo de chicleros y cazadores de Dzitnup, Chihimilá, Tekax y Peto comenzó a narrar a familiares y amigos que, en medio de la selva del oriente, había grandes extensiones de tierra de nadie. Con gran entusiasmo la gente de las poblaciones de los alrededores de Valladolid organizó las campañas de colonización del anti-guo territorio de guerra.

Así, entre 1928 y 1929, las grandes poblaciones del oriente yucateco y del centro de Quintana Roo —como Sabán, Chikindzonot y Tihosuco— fueron redescubiertas y repobladas. Juan Poot Tuz, vecino de Tihosuco, narró así los hechos: “De paso íbamos de cacería cuando encontramos este pueblo, nos gustó y como era abandonado, no tenía dueño, pensamos fundar entonces”.¹⁵ Adolfo Tuz, vecino de la misma población comentó respecto al enorme esfuerzo que implicó dicho repoblamiento:

Nadie se desanimó a trabajar, trabajamos de ocho de la mañana a cinco de la tarde durante dos años [...]. Para el chapeo de la iglesia los hombres se amarraban una soga gruesa para poder bajar los árboles de la iglesia, para ir cortando los álamos, [...] la madera sirvió para el atrio de la iglesia y para componer las casas antiguas que estaban cerca del parque [...] Después de limpiar empezamos a hacer el camino que iba a Tepich [...].¹⁶

Sin embargo, aunque Lalcah después fue descubierto por la gente de Tihosuco, permaneció tal y como hoy se encuentra, completamente abandonado, con las calles ocupadas por la vegetación exuberante e implacable, con las bardas agrietadas por la presión de las raíces, con las

¹² *Relaciones histórico-geográficas de la gobernación de Yucatán*, op. cit., p. 198.

¹³ *Idem*.

¹⁴ *Ibidem*, p. 199.

¹⁵ Paula Menchaca, “Historia y tenencia de la tierra en Tihosuco”, tesis de licenciatura en etnohistoria, México, ENAH, 1998, p. 184.

¹⁶ *Ibidem*.

casas y la iglesia carcomidas por el tiempo. Lalcah, Tilá o tal vez el antiguo Tihosuco, se mantiene al amparo de la selva, envuelto por la ventisca del olvido, evocando tiempos mejores, cuando la alegría de las risas infantiles, el mur-

mullo de las voces charlando, o el sordo sonido de las herramientas durante las faenas inundaban el ambiente; cuando el repique de las campanas anunciaba a lo lejos la proximidad de un pueblo pujante y vivo.

